

EN PUNTO



—Es muy sencillo. Si sale serrín es la de palo, y si no, es la paralizada.



—¡Vamos, Lucera! ¡Que nos vamos a perder el lanzamiento del "Apolo" en la "tele"!

**art
buch
wald**

EL SUR DE NIXON

WASHINGTON.—Ahora es cuando puedo revelar por qué el Presidente Nixon lanzó su amargo ataque contra el Senado, después de que el nombramiento del juez Carswell para el Tribunal Supremo de Justicia hubiera sido rechazado. Hablando con personas allegadas a la Casa Blanca y atando cabos, he llegado a saber que las cosas sucedieron así:

La noche del miércoles, una vez el juez Carswell rechazado por el Senado, todo el mundo en Washington se había ido a la cama, excepto dos personas: el Presidente Nixon, en la Casa Blanca, y Martha Mitchell, en Watergate, que trataba de despertar a alguien en la "Gaceta de Arkansas".

El Presidente, deprimido, recorría de un lado a otro su dormitorio, cuando, de pronto, surgió del armario el Viejo Nixon, muy jubiloso al parecer, y dijo:

—Bien. Ya ves lo que ocurre cuando eres el "Buen Nixon".

—¡Vete de aquí! —exclamó el Presidente—. Siempre tienes que venir a burlarte cuando algo sale mal.

Pero el Viejo Nixon insistió:

—No quieres hacerme caso, ¿verdad? Deseabas mantenerte por encima de la política, como un estadista, un hombre de todo el pueblo. Pero no te ha dado resultado.

—¿De qué otra manera hubiera podido actuar?

—Pensaste que podrías dejar que Spiro se encargara de las críticas y ataques, pero no fue nada fácil, ¿eh, Dicky?

—¿Y qué es lo que puedo hacer ahora? —preguntó el Nuevo Nixon. Y el Viejo le contuvo:

—Calla. Vas a despertar a Pat. Lo que puedes hacer es llamar a los periodistas y decirles que, tanto Haynsworth como Carswell, fueron víctimas de acusaciones contra su honradez y creencias raciales, porque son del Sur. Puedes insinuarles que todo el que votó contra el nombramiento de Carswell será duramente tratado por la Administración.

—Eso... sería sucio —protesta el Nuevo Nixon—. Algunos senadores votaron porque lo creían un deber de conciencia.

El Viejo Nixon se exasperaba:

—¿Es que no has aprendido nada desde que llegaste a la Casa Blanca?

—Ahora eres tú quien va a despertar a Pat —advirtió el Nuevo Nixon.

—Lo siento. Mira, Dick; dime: ¿Qué es lo más importante en el mundo para ti ahora?

El Nuevo Nixon reflexionó antes de contestar:

—Ganarme el Sur para mil novecientos setenta y dos.

—Exacto. Y no tienes para ello otro camino que declarar, mañana mismo, que los dos jueces que nombraste para el Tribunal Supremo fueron tumbados por un esfuerzo mancomunado de grupos derechistas, civiles y militares, por ser ambos del Sur.

—¿No podría Spiro encargarse de eso?...

—No. El Sur desea oírte. Si no les demuestras todo lo resentido que estás, toda tu estrategia del Sur se esfumará como el humo.

—No, no puedo hacer eso —protestaba el Nuevo Nixon—. Soy el Presidente de los Estados Unidos. Sería rebajarme a convertir la cuestión del Tribunal Supremo en asunto político.

—Está bien. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—¿Tú?...

—¿Por qué no? He estado más de un año arrinconado en este armario ropero. Dame una oportunidad, Dick.

—Está bien —dijo el Nuevo Nixon tras un largo momento de reflexión—. Sigue adelante, pero no me metas a mí en el asunto.

—Gracias, Dick. No lo sentirás —el Viejo Nixon, alegre, le daba palmaditas en la espalda—. Oye, déjame tu navaja. Necesito afeitarme para la rueda de prensa...

(Copyright 1970, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)